

## PARTE SEGUNDA

### FIN Y MARCHA DEL HOMBRE COMPLETO

---

#### CONFERENCIA VIII

##### EL FIN

1. El lenguaje de la naturaleza sobre el fin de todas las cosas.—En todos los dominios de la creación dibújanse un deseo indescriptible de satisfacción y una lucha eterna para llegar á ella: á cada momento puede experimentarlo quien tenga corazón sensible; pero, hay que confesarlo, con frecuencia es más obtuso el corazón humano que la criatura inanimada. No se comprende á sí mismo el hombre, y esa es la razón de no comprender el lenguaje de la naturaleza: «Cubren las tinieblas su inteligencia, cuando se ha hecho frío é insensible su corazón». <sup>(1)</sup> Donde quiera que ha conservado el corazón una débil chispa de sentimiento natural, presiente el hombre la verdad de la hermosa sentencia que expresó el Espíritu de Dios sirviéndose de la pluma del Apóstol: «Por que sabemos que todas las criaturas gimen y están de parto hasta ahora»; <sup>(2)</sup> lenguaje que ha traducido elegantemente nuestro poeta en los siguientes versos:

«¡Por doquiera dolor, llanto y lamento!  
»Tan lejos como allá en el firmamento  
»Luce la estrella, gime criatura  
»Presa de santo anhelo  
»De transfiguración, y en la natura  
»Entera á su pesar busca el consuelo». <sup>(3)</sup>

(1) Romanos, I, 21.

(2) Romanos, VIII, 22.

(3) F. Schlegel, *Klagelied der Mutter Gottes* (S. W. IX, 205).



Al caer, arrastró el hombre en su caída á toda la naturaleza; y cuantas veces abusa de ella, cometiendo un pecado contra su propio Dios, que es también el Dios de la naturaleza, la profana y la violenta de nuevo. Desde aquel entonces, los suspiros y las lamentaciones de la naturaleza entera se han convertido en algo doloroso; son menos un deseo dirigido á Dios, que una lucha para libertarse del yugo del pecado que pesa sobre ella y del cual es causa el hombre.

Á pesar de todo, no ha borrado el pecado el rasgo primitivo que unía al hombre con Dios. Detrás de todos los malestares que siente, de todos los combates que libra para substraerse al peso de la maldición y del castigo, ocúltase siempre el deseo de subir libremente hacia Dios, su Creador, y de glorificar á su Señor, en conformidad con sus obligaciones y con sus aspiraciones. <sup>(1)</sup> De ese deseo ardiente dan testimonio millares de leyendas y de cantos de todos los pueblos. Y ninguno cuya inteligencia no esté completamente cerrada á estas observaciones, se negará á confesar que jamás ha probado ese sentimiento sin experimentar íntima confusión, sin hacerse más puro y sin recibir nuevos impulsos para elevarse á actos más nobles.

Siempre y en todas partes proclama esta misma verdad la voz de la naturaleza: lo hace de una manera tanto más sonora, cuanto que es menos importuna, y tanto más innegable que cuanto es más silenciosa. Si solitario en la dulce tranquilidad de una tarde de domingo, permito que penetren en mi alma, tan magníficamente emocionada, al mismo tiempo que tan muellemente sosegada, el lenguaje de los abetos que murmuran, de las mieses que ondean, de la caña agitada por el viento; si al nacer el sol, la mar sombría y brillante á la vez me trae á la memoria el azul que en derredor del trono de Aquel que es llevado en alas de los serafines vieron Ezequiel y Juan; si oigo en los Alpes que de roca en roca marcha en el trueno la voz irritada de Dios; si al maravilloso brillo de los relucientes glaciares,

(1) Romanos, VIII, 19 y sig.

en las infinitas profundidades del cielo estrellado, me siento poseído del deseo ardiente del verdadero eterno reposo, y si después de esto me parece casi insoportable el retorno á las realidades de esta pobre vida; el tema es siempre el mismo; la naturaleza me habla el mismo lenguaje en cien formas diferentes. Es la misma lengua que cautiva y satisface al alma. «Los cielos dan cuenta de la gloria de Dios». <sup>(1)</sup> «No nos hemos hecho á nosotros mismos; Él nos ha creado». <sup>(2)</sup> «¡Oh Israel! ¡grande es la casa de Dios, y espacioso el lugar de su posesión! Él sabe todas las cosas, Él las conoce, las descubrió con su prudencia. Él estableció la tierra para tiempo eterno, y la llenó de ganados y de cuadrúpedos. Él envía la lumbre y va; y la llamó, y le obedece con temblor. Y las estrellas dieron lumbre en sus guardias, y se alegraron. Fueron llamadas, y dijeron: Aquí estamos; y dieron lumbre con regocijo á Aquel que las hizo». <sup>(3)</sup> «Sí, servid á vuestro Dios con alegría, y sabed que Él mismo es nuestro Dios». <sup>(4)</sup> «Todas las cosas las ha hecho el Señor para sí mismo». <sup>(5)</sup>

**2. Como todas las criaturas, los seres espirituales tienen un solo y mismo fin.**—Ciertamente que todo esto no es sino la armonía de las esferas de que tanto hablaron los antiguos. De la misma manera que vió en sus sueños José que el sol, la luna y las estrellas se inclinaban delante de él, de la misma manera que en el firmamento siguen el camino que se les trazó millones y millones de cuerpos celestes, pareciendo unos independientes, y operando otros revoluciones sin fin al rededor de sus soles, describiendo ellos mismos sus círculos en derredor del punto central, invisible para nosotros, dirigiéndolos y gobernándolos una potencia invisible, de la misma manera tiene todo lugar en la creación de Dios. De Él salió todo, espíritu y materia; Él lo conserva todo en su ser y en su actividad, lo

(1) Salmo XVIII, 1

(2) Salmo XCIX, 3.

(3) Baruch., III, 24, 32.

(4) Salmo XCIX, 2, 3.

(5) Prov., XVI, 4.



mismo la materia inanimada, que el mundo de los espíritus; de Él procede toda vida, todo movimiento, toda energía, lo mismo en las criaturas libres, que en las que no lo son. A Él se refiere, y de Él habla todo lo que se mueve en la naturaleza y todo lo que se desea en el espíritu. Y todos estos seres encuentran reposo únicamente cuando han encontrado en Él la satisfacción que buscan. En una palabra, la misma aspiración y el mismo deseo que lleva hacia su fin y hacia su centro las cosas privadas de libertad, avasalla también al hombre con fuerza incomparablemente más grande, y tal, que no puede librarse de ella. Con razón dijeron los antiguos sabios que «hay armonía, unión y orden sorprendentes y magníficos entre el cielo y la tierra, entre la divinidad y la humanidad». <sup>(1)</sup>

En esta armonía y en este orden no tienen virtud ni mérito el cielo ni la tierra, porque es para ellos una necesidad de que no pueden eximirse. También son para el hombre una necesidad de que nadie puede prescindir esas relaciones con Dios; pero en la libertad consiste el que esa dependencia con respecto á Dios, y esa aspiración hacia Él, sean amor consciente y armonía, y constituyan la fuente del mérito y de la felicidad.

**3. Imposibilidad de un fin privado de razón.**—Sólo el ojo dotado del sentimiento de lo bello puede apreciar la belleza; no cabe duda alguna; lo mismo sucede en la apreciación de la armonía; es necesario tenerla en sí mismo. Pero hay hombres que parece no tienen ni lo uno ni lo otro. Seguramente que no vinieron al mundo sin disposiciones para la belleza y la armonía (todos tienen estas disposiciones, unos en mayor escala que otros), pero se rodean de tantas fealdades, y se mueven tanto en la disonancia, que al fin concluyen por no recibir de ellas impresión alguna. Además, debemos añadir que ha vivido su alma muy largo tiempo en este estado, sin que le hayan permitido salir el orgullo ó la cobardía; y llegan hasta vivir á gusto, y hasta concluyen por tener verdadera satis-

(1) Platón, *Gorgias*, 63, p. 508, a.

facción en despojar á los demás de la belleza y de la armonía, y atormentarlos en cuanto les es posible.

Tal es el camino psicológico que ha recorrido la nueva filosofía para llegar á la negación completa de todo fin, y para borrar desapiadadamente de la historia y de la atención de todos los pueblos la verdadera belleza de la vida. Sólo un corazón enfermo puede tomar sobre sí empresa semejante; y se necesita un corazón atacado de una de esas enfermedades, semejantes á ciertos estados, que por consecuencia de una alteración profunda en la salud, producen esa bien conocida predilección por los olores insupportables y por las comidas excéntricas. Siempre ha habido hombres enfermos, y en el ardor de la fiebre, con frecuencia se han vuelto á su verdadero fin.

Sin embargo, en otros tiempos, aun en los días del paganismo, conservaron bastante luz intelectual para comprender que llevaban mal camino; no se sentían satisfechos. Pero lo conocían, sabían confesarlo, y deseaban, al menos para su bienestar, volver al camino recto, supuesto que no les exigían ni grandes luchas ni cruentos sacrificios. Nos lo dice el examen atento de la antigua filosofía sobre el fin de las acciones y de la vida humana, sobre la felicidad y el bien supremo.

Ahora, después que ha dado el tono Espinosa, negando la idea del fin, <sup>(1)</sup> ha caído la filosofía en completa enajenación mental. Pone sus glorias en negar lo que se creyó en lo pasado y lo que se cree todavía hoy, allí donde, según las ideas de los tiempos antiguos, se considera como una injusticia y como un contrasentido vivir y obrar sin fin. Ella niega categóricamente la existencia del fin. Parece la nueva sabiduría del mundo á un hombre que, presa del delirio, salta de la cama, corre de un lado para otro sin saber á donde va, ni por qué se entrega á semejante manejo, ó también al que, víctima de la locura, se desvía de los caminos públicos, se precipita de aquí para allá sin tomar dirección alguna, vuelve sobre sus pasos, cuando se encuentra con

(1) Ritter, *Geschichte der Philosophie*, XI, 231 y sig., 274.



algún obstáculo, hasta que por último se rompe un brazo, ó perece víctima de un accidente. La filosofía no entiende de fines: ni aun quiere oír hablar; como loca, se ríe del que se atreve á indicarle un camino determinado; se enfurece, cuando se le quiere poner la camisa de fuerza, y se le dice que no debe andar á ciegas en la neblina, sino dirigirse hacia un fin determinado. Cesa aquí toda inteligencia. Ser sin fin vale tanto para la humanidad como vivir sin la razón ó sin el uso de la razón. Si no lo comprende la filosofía, dejémosla que continúe su camino, pues va por una senda que evitan hasta las inteligencias ordinarias.

Desgraciadamente es el camino que recorre casi toda la filosofía moderna desde Espinosa y Descartes; están en mayoría los filósofos que se consideran más grandes que los espíritus estrechos de la antigüedad, y en particular de la antigüedad cristiana.

Niegan toda idea de fin, mientras que, como dicen ellos, los representantes del Cristianismo rebajan la práctica de la virtud, diciendo que la practican solamente para llegar á más elevado fin. Puede aplicarse, á la letra, á la moderna filosofía las amargas palabras de que, si no nos es infiel la memoria, se sirvió un día Neusebach en una carta dirigida á Grimm, á propósito de una poderosa inteligencia que acababa de extinguirse: «Ha ido á engrosar las filas de los que no tuvieron fin».

**4. La doctrina del pretendido fin personal.**—Entre tanto no podemos dejar de decir que nos es de todo punto intolerable ver á un hombre sin fin, sin plan, sin camino, recorriendo las montañas y los valles, como Orestes azotado por las Furias, ó como Ahasvero, el eterno judío errante. Pero lo que es más horrible, lo que excita más la indignación, es ver que se mofa del hombre hasta el punto (y perdónenos la imagen, pero no hay otra para presentar ese indigno tratamiento que le hace soportar) de divertirse con él como con un perrito de aguas á quien se pone la cola en la boca; inútil que se empeñe en correr, da vueltas á su alrededor hasta que cae; semejante juego con

un animal, ni es muy noble ni muy gracioso; pero, ¿qué pensar, cuando no encuentra la filosofía nada mejor que jugar con el hombre del mismo modo? Y esto hace, cuando le enseña que no hay más fin que él mismo. Sea el hombre, dice, su propio y único fin.

Es enigma histórico, de esos que entran en los dominios de la psicología, cómo ha podido prevalecer sobre la humanidad, por tanto tiempo y en una forma tan general, esa doctrina tan opuesta á la razón y á la moral. Toca también á la psicología descubrir como, lejos de penetrar en las boberías de esa doctrina, ha podido la filosofía gloriarse de ella más y más, como si hubiera hallado una sabiduría incomparablemente más sublime que toda la sabiduría transmitida por la divina revelación.

Ya habían sentado este principio los Estoicos; es de los que admitieron el racionalismo antiguo, el racionalismo árabe de la edad media y el racionalismo de los tiempos modernos. Por el contrario, los chinos lo han sacado de entre ellos mismos, y no tuvieron como predecesores á los Estoicos. Más que ningún otro, este principio es la más pura expresión del racionalismo estrecho, ordinario y chino. «Haced el bien por amor al bien; practicad la virtud por amor á la virtud; la virtud es el fin personal; no necesita otro, ni puede tenerlo». Es uno de los principios fundamentales de toda la moral anticristiana: como se complace ella en decirlo, antes que aprendiera la humanidad á practicar el bien sólo por amor al bien, nada de bueno había en el mundo. En este principio ha encontrado el racionalismo sus principales armas. Por esto, en otros tiempos, en los Seminarios austriacos, los desgraciados candidatos al cargo pastoral, para formarse á sí mismos y para formar las almas que les fueran confiadas, debían hacerse secuaces de una moral y de una religión exenta de beatería según este principio: «El fin del hombre no es Dios, ni la glorificación de sus divinas perfecciones, sino el hombre mismo que es para sí su propia felicidad». <sup>(1)</sup>

(1) Brunner, *Die theol. Hofdienerschaft Josephs des Zweiten*, 372.



5. **Absurdo de esta doctrina.**—Si pensamos en la estrecha y mezquina forma con que algunos defensores de la fe abusan de la idea de fin, puede hasta cierto punto ser excusable el racionalismo de haber sacado ese principio del arsenal de la antigua incredulidad.

Se podía comprender mejor la palabra fin, y no entregar á la risa y al desprecio el pensamiento que el fin despierta en nosotros, como lo ha hecho á su modo, en cierto grado, el racionalismo creyente, en particular en el seno de la Iglesia protestante. Su hermano gemelo, el racionalismo radical, incrédulo, tenía ya ganada la partida. Ya, en aquella época, los títulos de multitud de obras, con las que se pretendía poder salvar la fe, muestran cuantos hombres insípidos y de cortos alcances había producido el abandono de los antiguos compendios, tan grandes y tan extensos, sobre la fe natural. Encontramos entonces una brontoteología, una litoteología, una insectoteología, una eridoteología, una melitoteología y un considerable número de tratados análogos que rivalizan en la extravagancia del nombre. <sup>(1)</sup> En el fondo, los apóstoles de la moderación como fin, hacen poco caso de un relámpago, de una centella, de una tortuga, ó de un pescado. Quieren, según sus propias expresiones, convencer á los más incrédulos de que deben ser verdaderas las doctrinas de la fe como las comprende el racionalismo, y que están naturalmente desleídas y son poco claras. Con la menor cosa se contentan para llegar ahí. Ni pueden ni quieren comprender que haya más elavados fines, ó un fin supremo y un destino final muy superior á aquellos hacia los cuales no se puede dar un paso sin pegarse en la frente; un fin, en una palabra, que es necesario buscar en lo supra-sensible, en lo sobrenatural. Su fin, no es sino el provecho inmediato y próximo que pueden sacar de una cosa ó de una acción. Si planto un árbol con el pensamiento de que de su sombra y de sus frutos se aprovechen las generaciones futuras, ese acto es un acto sin fin, dirá el estrecho racionalismo; no hay más

(1) Pünjer, *Geschichte der Religionsphilosophie*, I, 401.

fin para él, que el que instantáneamente produce su efecto visible y positivo; no conocen el fin con la inteligencia, no tienen más medios de conocerlo que los ojos, las manos, la boca, y aún podríamos decir también, la nariz; no pueden ni pensar siquiera en un fin que está sobre lo que hay en el mundo, por no decir sobre lo que hay en la pequeña aldea en que habitan. Todo comienza á dar vueltas en su derredor cuando ven que van á tratarse cuestiones semejantes. Bastarán algunos ejemplos para probar que esas sutilezas materialistas en cosas de fe son incapaces de producir un solo pensamiento grande. Así, una de las apologías de la fe desde el punto de vista racionalista, de las que hemos visto más arriba, se apoya en la consideración del mundo estelar para probar la existencia de Dios; es seguramente un punto de partida que puede abrir magníficos horizontes. Pero ¿qué utilidad tienen para el racionalismo las ideas grandes? ¿de dónde podría sacarlas? ¡Todo para él es natural!

Le basta siempre la medianía, por no decir la mezquindad; pasa aquí lo mismo. «Quien considere las estrellas, dice el espiritual autor, debe comprender inmediatamente que revelan una inteligencia superior; porque sólo una inteligencia semejante puede organizar las cosas de tal manera, que las gentes que llegan tarde á su casa, hallen suficiente luz en la calle para no romperse la nuca ni las piernas». Con tan triviales pruebas, que merecerían para el libro que las contiene el nombre de «filosofía de café» mejor que el pomposo título de «astroteología» y con otras semejantes, quedaban tan contentas las gentes de los tiempos de la razón, que las vieron nacer.

En este mismo camino de lógica mezquina se presenta otra obra, cuyo contenido, parecido al de la primera, podría merecerle por las materias que trata el nombre de «teología de la noche». No hay más que una sabiduría superior, nos dice, que haya podido concebir la idea de crear la noche. Tuvo lugar esta creación para que pudiéramos ejecutar ciertos trabajos que no pueden hacerse de día, ó